

Carlos J. Finlay, Benefactor de la Humanidad

Por DUVON C. CORBITT

En la noche de agosto 14 de 1881, un médico de 40 años se erguía en la sencilla tribuna de la Academia de Ciencias Físicas y Naturales de la Habana, anunciando las conclusiones a que había llegado después de veintitrés años de estudio sobre la fiebre amarilla. Explicó los desaciertos en que había incurrido durante esos años desde 1858 y los motivos que lo convencían de que era necesario un agente transmisor para llevar la infección. Dicho agente era, según sus deducciones el mosquito "Culex Fasciata" (más tarde conocido como el "Stegomia Fasciata" y luego como el "Aedes Aegypti").

Aquella noche de agosto, que debió haber sido una noche triunfal para Carlos Finlay, para la Academia y para la humanidad, hubo de ser una noche de humillación, aunque no de derrota. La sencilla tribuna es hoy un ara nacional, aunque en aquel momento nadie lo hubiera pensado. Nadie refutó el informe presentado y nadie lo tildó de incierto; por veinte años quedó olvidado, mientras miles de víctimas padecían los estragos de la fiebre amarilla.

En febrero 15 del mismo año el Dr. Finlay ya había hecho un anuncio preliminar en la Conferencia Internacional Sanitaria, en la que representó a Cuba y a Puerto Rico, que fue recibido con la misma indiferencia que el informe de agosto. Su convicción se basaba en que para la infección de fiebre amarilla, tres cosas eran necesarias: un individuo enfermo de la enfermedad, un individuo susceptible de contraerla y un agente capaz de llevar la infección del uno al otro. No mencionó el agente entonces, pues el Dr. Finlay aguardaba el resultado de un estudio que estaba practicando con un mosquito que llevaba de la Habana a Washington bajo su constante vigilancia.

No se detuvo el Dr. Finlay con el anuncio de 1881, sino que continuó experimentando y publicando sus resultados en folletos, artículos y revistas. Estos recibieron la indiferencia de siempre Por parte de sus colegas, con la única excepción del Dr. Claudio Delegado del Dr, Rudolph Matas (entonces estudiante de medi-

cina) y de su propio maestro el Dr. Weir Mitchell, del Jefferson Medical College, de Filadelfia. Los grupos de investigadores norteamericanos de 1887, 1889 y 1898 malgastaron sus esfuerzos con teorías de otros médicos, mientras las de Finlay seguían olvidadas. Ni siquiera el trabajo que presentó en 1894 a la Convención de Higiene y Demografía en Budapest fue recibido con simpatía, a pesar de que perfiló específicamente las medidas a tomar para evitar el peligro de infección de fiebre amarilla: evitando que los mosquitos picasen a los enfermos afectados; exterminando el mayor número de mosquitos infectados y tener presente que los mosquitos pueden vivir hasta cuarenta días después de contaminados.

Veinte años después del anuncio preliminar del Dr. Finlay en Washington, otro médico compareció ante un grupo ilustrado en La Habana. El Dr. Walter Reed informaba sobre los experimentos por los cuales la Comisión norteamericana de fiebre amarilla había demostrado la verdad de lo anunciado por el Dr. Finlay en 1881. Fue el triunfo tan demorado para el Dr. Finlay, para la Comisión y para la humanidad. Fue ocasión de alivio para el pueblo de los Estados Unidos, cuyos representantes en Cuba habían justificado la actitud del Dr. Finlay de dos décadas pasadas. Pero cuando fue propagándose por el mundo, el nombre del descubridor fue quedando atrás en la publicidad que se dio en los Estados Unidos. Aunque Finlay recibió muchos honores en ese y otros países, lo que se imprimía tenía la tendencia de llamar más la atención al trabajo de la Comisión, omitiendo muchas veces el nombre del descubridor. Lo mismo aconteció en los artículos y textos de aquel tiempo, hasta eran excepcionales los que hacían justicia al Dr. Finlay.

Esto continuó durante medio siglo, hasta que muchos extranjeros dudaron del espíritu de jugar limpio de que tanto se vanagloria el 'norteamericano.

Por fortuna, por el buen nombre del pueblo norteamericano, se inicia un cambio. En la última década se ha desarrollado una reacción a los esfuerzos de los amigos de Finlay que hacen honor a su memoria. Se han revisado libros de texto y de referencia y hay motivos para esperar que se borrarla la injusticia. Es muy difícil contrarrestar un error que tanto se ha extendido, pero es preciso completar la tarea no solo por el Dr. Finlay sino por el buen nombre del pueblo norteamericano que ama la justicia. Más vale el reconocimiento de un error que todas las políticas de buen vecino en papel.